

II.- LA HORA SANTA

1.) Una hora de nuestra jornada diaria

Consiste en ofrecer una hora del día, sin cambiar de ocupación, para dar Gloria Amor y Reparación al Corazón de Jesús.

2.) Una Hora de guardia o de presencia.

Los Guardias de Honor pasan una hora entera de oración el viernes de cada semana, meditando la dolorosa agonía y las profundas humillaciones del Corazón de Jesús, y su amor pagado con tantas ingratitudes.

Vivirla hace que, a la larga, nos vayamos acostumbrando a sentir la presencia y cercanía de Jesús en nuestra vida, que así se llena de sentido.

3.) Una Hora de Consolación.

"En el Huerto de los Olivos es donde yo he sufrido más que en el resto de mi Pasión, viéndome en un abandono total, cargando con todos los pecados del mundo. Es por eso que te pido que hagas una Hora Santa de 11:00 a 12:00 de la noche el jueves anterior al primer viernes." (NS Jesucristo a santa Margarita María)

1.- Una hora de nuestra jornada diaria:

Al comenzar la “hora de guardia”, dirigimos nuestro corazón y nuestro pensamiento hacia Jesús Eucaristía, mediante una comunión espiritual, una mirada del corazón.

Oración para el inicio de la hora de guardia

Sagrado Corazón de Jesús, Salvador y Rey mío, te ofrezco esta hora de guardia, durante la cual, en unión con... (aquí se nombra el patrón de la hora) y pidiéndote por... (las intenciones particulares de la hora), deseo especialmente amarte, glorificarte y reparar las ofensas que recibes de todos los hombres. Acepta esta intención, mis pensamientos, palabras, obras, alegrías y sufrimientos de esta hora, y recibe mi corazón que generosamente te entrego, suplicándote lo consumas con el fuego de tu purísimo Amor. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

V: Sagrado Corazón de Jesús.

R: Venga a nosotros tu Reino.

V: Jesús, manso y humilde de corazón.

R: Haz mi corazón semejante al tuyo.

V: Inmaculado Corazón de María.

R: Protege a la Guardia de Honor del Corazón de tu Hijo.

Continúa en una dulce y tranquila atención a la presencia de Nuestro Señor, sin violencia, a la vista de este tierno Maestro. De tiempo en tiempo echa una mirada al Corazón de Jesús, tan dulce, tan amante, tan abandonado en el Sagrario y dile una jaculatoria o un acto de amor.

Concluyendo con un Padre Nuestro y Ave María, Gloria.

2.- Una hora de guardia o de presencia... (en el Sagrario, o ante el Santísimo Sacramento)

El reloj marca la hora, es el RELEVO DE LA GUARDIA DEL REY; toma, querida alma, tu puesto de honor alrededor del Santo Tabernáculo, donde el Rey de reyes y Señor de los señores, te espera pendiente de la Cruz.

Sube la pendiente del Calvario, en compañía de tu fiel ángel custodio y póstrate con toda reverencia ante el Trono del Rey, saludándole con la SEÑAL DE LA CRUZ.

En presencia de este Rey Soberano y de su santa milicia, encabezada por Su Madre Santísima, San Juan y Santa María Magdalena, repite despacio y con conciencia la ORACIÓN DE OFRENDA.

Ocupa tu lugar de centinela y desde lo más íntimo de tu corazón, pero con toda la fuerza e intensidad que brotan del fondo, lanza, en unión de todos tus hermanos y hermanas que a la misma hora hacen su Guardia, este grito de guerra:

Oración para el inicio de la hora de guardia

Sagrado Corazón de Jesús, Salvador y Rey mío, te ofrezco esta hora de guardia, durante la cual, en unión con... (aquí se nombra el patrón de la hora) y pidiéndote por... (las intenciones particulares de la hora), deseo especialmente amarte, glorificarte y reparar las ofensas que recibes de todos los hombres. Acepta esta intención, mis pensamientos, palabras, obras, alegrías y sufrimientos de esta hora, y recibe mi corazón que generosamente te entrego, suplicándote lo consumas con el fuego de tu purísimo Amor. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

V: Sagrado Corazón de Jesús.

R: Venga a nosotros tu Reino.

V: Jesús, manso y humilde de corazón.

R: Haz mi corazón semejante al tuyo.

V: Inmaculado Corazón de María.

R: Protege a la Guardia de Honor del Corazón de tu Hijo.

A partir de ahora tu ejercicio es solo amar al Amor...poco más de 50 minutos que te ofrece la Misericordia Divina para hacerle compañía.

Y mientras miras amoroso al Traspasado, pide que su sacrificio no sea estéril para las almas; arráncale al Padre Eterno las gracias de perdón, protección, ayuda y consuelo por medio de

la **PRECIOSÍSIMA OFRENDA** que sale del Sagrado Costado de su Hijo. Ofrece la Sangre y Agua, especialmente por los sacerdotes que celebran la Santa Misa durante tu Hora de Guardia.

Continúa en una dulce y tranquila atención a la presencia de Nuestro Señor, sin violencia, a la vista de este tierno Maestro. De tiempo en tiempo echa una mirada al Corazón de Jesús, tan dulce, tan amante, tan abandonado en el Sagrario y dile una jaculatoria o un acto de amor. Ha llegado, casi, el final de la hora, ¿no tienes alguna mortificación que quieras ofrecerle? No importa que sea algo pequeño... aunque no sea más que una mirada curiosa reprimida, una palabra de susceptibilidad no dicha, un movimiento de mal humor dominado.

Termina, oh alma mía, la hora de guardia repitiendo la oración de San Francisco de Sales a la Llaga del Señor, acompañada de un Padre nuestro y Ave María por la intención del Sumo Pontífice. Y después, besando respetuosamente los pies de Nuestro Divino Redentor y habiéndole pedido su bendición, retírate del Tabernáculo, suplicando a los Santos Ángeles continúen cerca de Jesús Hostia, glorificándolo por ti y prométele volver mañana a tu cita de amor con él, Divino Amante, Excelso Amor.

Concluyendo con un Padre Nuestro y Ave María, Gloria.

3.- Una hora de consolación... (en tu casa, en el Sagrario o ante el Santísimo Sacramento)

Meditación de la Agonía en el Huerto de los Olivos

"Espero compasión y no la hay, consoladores, y no los encuentro."

Oración para el inicio de la hora de guardia

Sagrado Corazón de Jesús, Salvador y Rey mío, te ofrezco esta hora de guardia, durante la cual, en unión con... (aquí se nombra el patrón de la hora) y pidiéndote por... (las intenciones particulares de la hora), deseo especialmente amarte, glorificarte y reparar las ofensas que recibes de todos los hombres. Acepta esta intención, mis pensamientos, palabras, obras, alegrías y sufrimientos de esta hora, y recibe mi corazón que generosamente te entrego, suplicándote lo consumas con el fuego de tu purísimo Amor. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

V: Sagrado Corazón de Jesús.

R: Venga a nosotros tu Reino.

V: Jesús, manso y humilde de corazón.

R: Haz mi corazón semejante al tuyo.

V: Inmaculado Corazón de María.

R: Protege a la Guardia de Honor del Corazón de tu Hijo.

PRIMER CUARTO DE HORA

Es jueves primero del mes, víspera de nuestra comunión reparadora del viernes... y el Divino Prisionero del Sagrario, alma mía, esperando está tu compañía y consuelo. Este Rey de Amor encomendó encarecidamente a Santa Margarita María la meditación de su agonía en Getsemaní, para resarcir el abandono de los discípulos en este paso tan amargo de su Pasión.

Una vez más te invita a atravesar la oscura senda del torrente Cedrón hasta llegar al Huerto, donde desea un momento a solas con su Padre... tratará un asunto importante y te quiere cerca.

Nunca, alma mía, te canses de contemplar este Misterio del Corazón humano de todo un Dios que expía así tus pecados. Pedro, Santiago y Juan, le siguen hasta internarse en la espesura, más él se aleja un poco, deseando la soledad... pero tú, alma mía, no le dejes, ve tras Él... predilecta eres como los tres apóstoles que se han quedado de centinelas, pero con más responsabilidad por tu consagración al Divino Corazón que esta noche se nota acongojado y

triste; con los suyos había hablado de traición, deshonras y muerte... ¿de quién lo diría?, ¿no sería de ti?... Ojalá que nunca se hable de ti en estos términos.

Ahora no le interrumpas, no le importunemos, solo míralo y acompáñalo en silencio... acaba de decir en confianza que “su alma está triste hasta la muerte”, y de pedir que velen y oren haciéndole compañía.

SEGUNDO CUARTO DE HORA

¿Qué son mis tristezas comparadas con la de Jesús?... Solo él puede entristecerse de verdad, al ver a los hombres que tanto quiere en el grave peligro de su infelicidad eterna. Ve a Dios ofendido y a los hombres perdidos por el pecado: esto es un cuchillo de doble filo que se le clava en el Corazón.

Desea la salvación de los hombres, aunque sea tan a costa suya. Y a pesar de la vergüenza que el Señor padeció por nuestros pecados, pidió perdón a Dios, su Padre, por todos ellos, con la misma vehemencia que si fueran suyos. Una de las razones por las que Jesucristo quiso sufrir dolor en su cuerpo y en su alma fue para demostrarnos que era un verdadero hombre, con nuestra misma naturaleza, que sentía como nosotros la tortura y los insultos, que no era “de bronce y de piedra”, como dice el Santo Job. Esto también puede aprovechar y consolar a los amigos de Dios: cuando sientan la fuerza de sus bajas pasiones, no deben desanimarse y pensar que han perdido la gracia de Dios. Parece que ya no puede ser mayor su tristeza, pero tú que le conoces, sabes bien que esto no es así. Nuestro desagrado, que es lo que más duele a quien da con amor, la hace aumentar. Ve claramente que habrá muchos que no conocerán su esfuerzo en favor nuestro, tantos que no apreciarán, que después de haber dado su sangre para limpiar nuestra inmundicia, aún habría quienes murieran eternamente. Esto hería su Corazón de tal modo que es imposible decirlo con palabras.

TERCER CUARTO DE HORA

Como la tristeza encerrada aún hace más daño al que la sufre, porque busca por donde salir y tener un alivio y un desahogo, cuando el Señor se vio solo en el huerto, lejos de los ocho apóstoles que había dejado a la entrada, rompió a llorar; mostró toda su amargura, deseaba descansar el corazón, consolarse con el amor y la lealtad de los tres discípulos más queridos.

A pesar de tanta tristeza y dolor, esto no impidió que el Salvador se ofreciese con prontitud a la muerte; por obedecer a su Padre y por salvar a los hombres. Y perseveró haciendo más intensa su oración hasta sudar sangre de sus venas.

El Salvador nos dio un excelente ejemplo de lo que debemos hacer cuando estamos tristes: acudir a la oración. Su naturaleza, débil como la nuestra, rechazaba una cruz tan amarga; pero se postró en oración delante de Dios antes que permitir que su naturaleza cayera. Sabía bien que ni una hoja de un árbol se mueve sin que Dios lo quiera, que todo se ordena a los fines de la providencia divina.

ÚLTIMO CUARTO DE HORA

Y por tercera vez rezó con las mismas palabras.

No hacen falta palabras nuevas y rebuscadas para dirigirse a Dios, bastan las mismas, tres y muchas veces repetidas para que el Señor nos oiga; perseverantes llamando a su puerta hasta que nos abra; continuos en la oración, y tanto más tiempo cuanto mayor sea la tristeza que nos oprime.

En este comportamiento del Señor podemos advertir dos cosas: que la oración siempre da buenos resultados y nunca se sale vacío de la presencia de Dios porque, aunque no se consiga consuelo, como el Señor apenas lo tuvo, sin embargo se saca fortaleza para vencer cualquier dificultad o tentación.

La segunda cosa es que si bien es necesario descubrir a Dios nuestra tristeza y abrir del todo el corazón como lo hizo el Señor, y como lo hacía David cuando decía “Derramo ante Él mi plegaria, y expongo ante Él mi angustia”; sin embargo, ante la dificultad, es necesario demostrar valentía y hacer frente a los que nos persiguen.

Finaliza esta Hora, alma mía, es tiempo de volver a nuestras ocupaciones habituales, pero no te olvides de los 60 minutos de compañía que has pasado al lado de tu Señor y Maestro en su soledad y abandono. Guarda, en cuanto puedas, en el silencio y recogimiento, está dolorosa, pero extraordinaria experiencia, para que cuando vuelvas al lado de tu Rey la siguiente vez, te entregues más y mejor a su servicio y consuelo.

Concluyendo con un Padre Nuestro y Ave María, Gloria.